

TODOPODEROSO

Introducción. Uno de los primeros artículos del credo es que creemos que Dios es todopoderoso, pero es necesario que lo entendamos bien, para que los frutos de aceptar a un Dios así, nos den el resultado una vida cada vez más confiada y más alegre. Tenemos un Dios que lo puede todo, que nada tiene imposible. Pero ese «todo» no consiste en ir moviendo las piezas de la vida, los acontecimientos, las libertades, para que se haga «mi voluntad», sino que nuestra madurez cómo personas y cómo creyentes es cada vez acoger más «su voluntad». Creemos en un Dios padre, bueno, providente, que tiene en cuenta el bien común y que nos regala diariamente todo lo necesario para vivir, y para crecer en nuestro amor.

“Salió y se dirigió según costumbre al monte de los Olivos y le siguieron los discípulos. Al llegar al lugar, les dijo: Pedid no sucumbir en la prueba. Se apartó de ellos como a un tiro de piedra, se arrodilló y oraba: Padre, si quieres, aparta de mí esta copa. Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Se le apareció un ángel del cielo que le dio fuerzas.” Lc 22, 39-43.

Dios es todopoderoso en su capacidad de amarnos, en su forma de pensar en nosotros y en su forma de actuar. El amor comienza, no en la acción, sino en la forma de mirar la realidad, a las personas, y en la forma de pensar y sentir de una determinada manera. Jesús nos enseña a sanar desde dentro nuestras vidas. No solo ve lo que hacemos, las apariencias, sino que conoce lo más profundo del corazón, lo que nos entristece, lo que nos da miedo, lo que nos provoca rechazo. Y hay un trabajo interior que es fundamental, sanar nuestra forma de acercarnos a la realidad, y no verla como un obstáculo, sino como un don, un regalo. Atentos como estamos a todo lo de fuera, es importante aprender a recorrer los caminos que nos llevan al interior. A conocer los paisajes maravillosos que nos habitan.

Lo que Dios nos dice. “Habéis oído que se dijo a los antiguos: No matarás; el homicida responderá ante el tribunal. Pues yo os digo que todo el que se deje llevar por la cólera contra su hermano responderá ante el tribunal. Quien llame a su hermano inútil responderá ante el Consejo. Quien lo llame loco incurrirá en la pena del horno de fuego.” Mt 5,21-22.

Nuestras vidas tienen esa doble dimensión, la interioridad, los movimientos de nuestro corazón, de nuestra mente, que nos hacen reaccionar de una determinada manera a veces con atracción a veces con rechazo, hacia las vidas de los demás. Y la expresión hacia fuera de esos movimientos que es la acción. El movimiento, en la mayoría de los casos, es respuesta y reacción frente al pensamiento. Es cierto que a veces somos irreflexivos y espontáneos, y actuamos sin pensar. Pero la mayoría de las veces actuamos movidos por la reflexión. Ahí es el espacio donde el poder de Dios se vuelve evidente.

“El hombre meramente natural no acepta lo que procede del Espíritu de Dios, pues le parece locura; y tampoco puede entenderlo, porque sólo se discierne espiritualmente. En cambio, el hombre espiritual lo discierne todo y no se somete a discernimiento ajeno. ¿Quién conoce la mente del Señor para darle lecciones? Pero nosotros poseemos la mente de Cristo.” 1ª Cor 2,14-16.

Se nos regala cada día la posibilidad de pensar y de sentir como Jesús, de tener su mirada, su compasión. Ese proceso de transformación, de renovar la mente, es lo que busca el Señor al llamarnos. El seguimiento de Cristo es el camino de ir tras sus pasos, y por su cercanía y su palabra, ir dejando nuestros viejos criterios llenos de miedo, de cálculo, de egoísmo, y adentrarnos en la lógica del «DON», de ofrecimiento, de la generosidad, de la entrega. Del entendernos a nosotros mismos como seres, para los demás.

“Ahora, hermanos, por la misericordia de Dios, os exhorto a ofrecer como sacrificio vivo, santo, aceptable a Dios: sea ése vuestro culto espiritual. No os acomodéis a este mundo, antes transformaos con una mentalidad nueva, para discernir la voluntad de Dios, lo que es bueno y aceptable y perfecto.” Rom 12,1-2.

Crear en el poder de Dios, no es favorecer una actitud pasiva de quienes lo dejan todo en sus manos, y se instalan en la inactividad, sino que buscan conocerle y amarle cada vez más, para que Él nos regale poder vivir en medio de la historia, del tiempo, con su espíritu que es capaz de dar vida en todas las circunstancias. El Dios todo poderoso nos ha dado la fuerza más potente de transformación de la realidad que es el Espíritu Santo, y su amor derramado en nuestros corazones.

Es todo poderosos en no dejar de amar nunca, ni en las circunstancias más dolorosas deja de amar. Ni en la cruz, donde fija su mirada no en su propio dolor, sino en los que le rodean, en el Buen Ladrón, en María su madre, en su discípulo Juan. Hay una mirada acostumbrada a mirar más allá de su propia subjetividad y que acoger y prioriza la vida de los demás. En las negaciones, viendo la cobardía de Pedro y del resto de los discípulos, podría reprocharles, manifestar su decepción, ahí se ve su amor todo poderoso, todo cariñoso, todo misericordioso. El poder de Dios es enseñarnos a vivir la vida de una determinada forma, que no deje que nada ni nadie nos impida amar.

Cómo podemos vivirlo. La iniciativa amorosa siempre es de Dios. Él nos amó primero, y nos sigue amando primero, nuestra vida es respuesta agradecida a todo el caudal de vida y de amor que diariamente recibimos. Por eso la invitación es a abrir bien los ojos y dejarnos sorprender. Francisco de Asís decía que: “orar no es otra cosa que mirar alrededor y escuchar”. Pues en este tiempo de veranos, vacaciones, dediquemos tiempo a observar la realidad, las personas, los paisajes, y a agradecer el regalo de formar parte de los discípulos del Señor.